

Bien podría estar contento de su obra el ilustrado Chileno; pero preciso es confesar que un éxito tan colosal no se habría obtenido si no lo hubiera conchado e la Provincia Romana de la Compañía de Jesús. Yo me complazco en recomendarlo; y si hasta el mundo mejor en que están recibiendo el premio de sus trabajos y tribuciones las señoras Maroní y Ruiz de Cardeña, puede llegar el eco de sus palabras, digámonos algunas expresiones sin embargo de gratitud. A ellos debo el haber sido "magar para" en este asalto general de palmas académicas, que compenó a superiores y alumnos de las escasas escuelas que cada día aumentaban y han sido a aquellos desafiados.

Pero no faltó el ánimo indomable de Eyzaguirre. Aun recuerdo con frecuencia la vez primera que se presentó entre nosotros con las insignias de Prototutor Apostólico, y celebró con honores prelatos la misa conventual. Aun recuerdo en mis oídos los ecos de mi propia lira al augurarle buen viaje a las Repúblicas del Ecuador, Bolivia y Perú, que se apresuraba a visitar una vez más, revestido del carácter de Abogado Apostólico, se creyó que este alto cargo Pontificio le serviría para ganar protección y recursos para su querido Colegio, y lo habría conseguido si las circunstancias no hubieran sido tan adversas.

Que fue lo que lo indujo, terminada su misión, a regresar a Chile, y a no hacer en esta Eterna Ciudad sino una otra gira apartada? Ni lo sé ni nos importa investigar. Lo que puedo afirmar es que el año de 1874 se le vio llegar a esta Dominante con un paquete de esta tomas de discursos sagrados, escritos y publicados para el uso y provecho de sus queridos alumnos del Colegio Pío-Latino-Americano. Sabéis lo que significan estas gruesas volúmenes de sermones? Sabéis cuántos años representan de trabajo continuo, de estudio, de actividad, de celo, de plañ y de fervor? No habéis, pues, perdonado cosas en su retiro a otras del Pacifico, y de nuevo vertis nuevos egresos de sabiduría por sus colecciones; para que éstos a su vez los esparcieran por toda la extensión del Continente Americano.

No le restaba ya más que prepararse a morir; y presintiendo no en cercano fin, se apartó al último trance como quien era. Una es la preparación del soldado, otra la del atleta, otra la del monte, otra por último la del viajero cristiano y observador. Una última palabra visita a los Santos Lugares de Jerusalén, la preparación inmediata, y como si esto aguardara, a su grueso corte de abito la fuerza el hilo de sus días, sin dolores, sin molestias, sin sufrimientos, en la Sala de Alejandría de Egipto, contaba apenas cincuenta y siete años, y su espíritu fue el que merece un viajero incansable; el ancho mar, el mar Mediterráneo, el mar que se abrió en los tiempos antiguos a los navegantes de Salamina y en los modernos a los de Lepanto. Fue más se puede ambicionar?

— Pero en cambio, esta gloriosa tumba priva de sufridos al que

la ha merecido. Al pasar por el más insignificante cementerio de aldea, nos descubrimos respetuosamente ante las humildes cruces que los adornan, y dirigimos al Señor una plegaria por el descanso de los que allí reposan. Pero decidme, peregrinos que acabáis de llegar de Oriente, os recordaron las aguas del mar Egeo a Monseñor Eyzaguirre? Rogásteis por el descanso de su alma, cuando en derredor de vuestra nave se agitaban las ondas del estrecho de Mesina?.... Hoy nos toca suplir este olvido con nuestras preces y sacrificios.

I I I

Nuestra deuda de gratitud no es únicamente con Monseñor Eyzaguirre. Os he indicado los desastres públicos y privados que le impidieron cumplir con sus generosos intentos, y obligaron a otros muchos, así Obispos como seglares, a aplazar para tiempos más propicios el desembolso de las cantidades ofrecidas. Pero en tretanto se levantó desde los cimientos el gigantesco edificio que nos alberga, y de seguro que no se construyó sin dinero, y mucho dinero, este inmensa mole. De dónde vinieron los recursos pecuniarios y a quién los tenemos que agradecer? Sirvieron de base los fondos suministrados en tiempos mejores por Eyzaguirre y los Prelados Del Monte de Río Janeiro, Labastida de Méjico, Munguía de Michoacán, y algunos otros insignes Obispos; pero nada se habría hecho sin el espíritu de empresa, la confianza en la Providencia y el cristiano atrevimiento de un benemérito religioso, cuyo nombre debe esculpirse en mármoles y en bronce. No llores ya desdenes, venerable Padre Agustín Santinelli, que llevaste a cabo la obra grandiosa. Transcurridos los primeros años, en que no se te pudo juzgar con imparcialidad, admiramos tu fe y tu valor. Por tí se levanta el colegio más grandioso de esta Alma-Ciudad, y al implorar el descanso eterno para tí y los egregios bienhechores que acabo de nombrar, os prometemos ser tan generosos como aquellos Prelados; tan atrevidos como tú, rector nunca olvidado.

No se si es indiscreción de mi parte; pero al hablar de bienhechores del Colegio, voy a citar un nombre augusto que casi nunca se pronuncia. Hubo quien abrió sus arcas liberalmente; dejó salir de ellas muchos centenares de millares; y cuando vio nuestra penuria cerró los ojos y, aunque sin confesarlo, convirtió en dádiva lo que al principio había sido préstamo. Ya comprendéis que este augusto varón era León XIII; no lo olvidemos en estos solemnes momentos.

— Tampoco es justo dejar sepultado en el olvido al egregio Purpurado, que cedió para el recién fundado Colegio us graciosa

la ha merecido. Al pasar por el más insignificante cementerio de
aldeas, nos descubrimos respetuosamente ante las humildes cruces
que la gobiernan, y dirigiéndonos al Señor una plegaria por el descan-
so de los que allí reposan. Pero también, perseguidos por el recuerdo
de la tierra de Oriente, se recordaron las aguas del mar Negro a Mon-
señor Eyzaguirre? Rogábase por el descanso de su alma, cuando
- en derredor de nuestra nave se agitaban las ondas del estrecho
de Messina? Hoy nos toca cumplir este deber con nuestras pre-
ces y sacrificios.

I I I

Nuestra deuda de gratitud no es únicamente con Monseñor Eyzaguirre. Se ha indicado los desastres públicos y privados que la-
gitudaron cumplir con sus generosos intentos, y obligaron a
- tres muchos, así Ojitos como seculares, a apañar para tiempos
más propicios el desmoronamiento de las cantidades ofrecidas. Pero en
- tratado se levanta desde los cimientos el gigantesco edificio
que nos alberga, y de seguro que no se constató sin dinero, y
- mucho dinero, este número más. De dónde vinieron los recursos
- pecuniaros y a quién los tenemos que agradecer? Si vivieron de
- se los fondos administrados en tiempos mejores por Eyzaguirre y
- los Prelados del Monte de Río Janeiro, Labrador de México, Mun-
- gula de Michoacán, y algunos otros insignes Ojitos; pero nada
- se habría hecho sin el espíritu de empresa, la confianza en la
- Providencia y el cristiano aprovechamiento de un benemérito religio-
- so, cuyo nombre debe esculpirse en mármoles y en bronce. No lo
- res ya desahucias, venerable Padre Agustín Santinelli, que lleva-
- te a cabo la obra grandiosa. Transcurridos los primeros años, en
- que no se le pudo juzgar con imparcialidad, admíranos tu fe y tu
- valor. Por tí se levanta el colegio más grandioso de esta América
- Ciudad, y al implorar el descanso eterno para tí y los egregios
- bienhechores que como de nombre, os prometemos ser tan genero-
- sos como aquellos Prelados; tan atrevidos como tú, rector nunca
- olvidado.

No se es el es indicación de mi parte; pero al hablar de bien-
hechores del Colegio, voy a citar un nombre augusto que casi nún-
ca se pronuncia. Hubo quien abrió sus alas libertades; dejó
- salir de ellas muchos centenares de millares; y cuando vio que
- tra penurias cerró los ojos y, aunque sin confesión, convaleció
- en dávida lo que al principio había sido préstamo. Ya comprendo
- la que este augusto varón era León XIII; no lo olvidemos en esos
- solemnes momentos.

Tampoco es justo dejar sepultado en el olvido al egregio Prelado, que cedió para el recién fundado Colegio en gracia

Casa de Campo, en el camino de Civita Vecchia. Con cuánta frui-
ción te recuerdo, simpática "Villa Maffei!" Allí me cupo la dul-
ce satisfacción de pulsar mi lira en la augusta presencia de Pío
IX. Allí dirigí sentidas estrofas, al ser consagrado Obispo, a o-
tro insigne bienhechor del Colegio, que fué más tarde el heroico
Cardenal Ledochowski. Allí cada semana íbamos a respirar el aire
del campo, y a descansar de las fatigas de las aulas.

Una quinta en los alrededores de Roma! Era esta la delicia de
todos los colegios de aquella época, y no lejos de los muros te-
nían las suyas el de nobles, el Seminario Romano y otros antiguos
establecimientos. Con ellos nos niveló, al regalárnosla a instan-
cias de su augusto pariente Pío IX, el generoso Cardenal Ferretti.
Tributemos un recuerdo a su memoria.

Artí también lo tributamos, egregio Prelado de Montevideo, Ma-
riano Soler, imitador de Monseñor Eyzaguirre en los escritos, en
los viajes, en las excursiones en pro del Colegio, y hasta en la
muerte en el mar; aunque éste rehusó darte la inmensa tumba que-
a tu insigne modelo.

Si aun los nombres de los Purpurados se olvidan, no es maravi-
lla que otro tanto suceda con los generosos fieles que más de u-
na vez sacaron de apuros al Colegio. Quisiera hacerlos revivir a
todos en vuestros agradecidos corazones; pero fuera del de la i-
lustre dama mejicana, Doña Francisca Pérez Gálvez y Obregón, ig-
noro los demás y me perdonaréis que no los mencione. Ellos nada
tienen que perdonarme, porque pertenecían a aquella clase de
- cristianos, cuya mano izquierda nunca sabe las buenas obras que
practica la derecha.

Si de los que han auxiliado al Colegio con medios materiales-
pasamos a aquellos que lo han sostenido con su influencia moral,
pregonando su utilidad y haciendo que nunca falten alumnos, ja-
más acabaría. Honor a los representantes de la Santa Sede en las
diversas Repúblicas, honor a los Prelados Diocesanos, honor a
- los padres de familia que así han sostenido el edificio. Implore
mos el descanso eterno para los alumnos que, ya en los princi-
- pios de su sacerdocio, ya después de haber ejercido largos años
el ministerio o la prelatura, pasaron a mejor vida dando honor a
la "Alma Mater" que los formó.

Pero no debe limitarse a una recordación más ó menos platóni-
ca esta fúnebre ceremonia, ni hemos de contentarnos tan sólo con
preces y sacrificios por los difuntos. Se trata de sostener y
- consolidar el edificio, y ningún momento más adecuado para poner
manos a la obra, que el principio del segundo cincuentenario.

Cubramos con el negro velo de este catafalco los errores, si
errores han sido y no desgracias, que no han dejado que progrese
como es debido este benemérito establecimiento. Seamos generosos,
como lo fuimos al terminar el Concilio Plenario. Dotemos el - -

Casa de Campo, en el camino de Civita Vecchia. Con esta fruta...
eich te recuerdo, simpático "Villia Maffei" Allí me urge la dul-
ce satisfacción de pensar mi vida en la augusta presencia de Ro-
IX. Allí dirigí sentidas oraciones, al ser consagrado Obispo, a
tro insignes plenipotenenciarios del Colegio, que fue más tarde el heroico
Gardinal Ledochowski. Allí cada semana íbamos a recibir el aire
del campo, y a descansar de las fatigas de las aulas.

Una quinta en los alrededores de Roma! Era esta la delicia de
todas las colecciones de aquella época, y no lejos de los muros te-
nían las suyas el de nobles, el Seminario Romano y otros antiguos
establecimientos. Con ellos nos niveló, al regalarnos a instas-
cias de su augusto pariente Pío IX, el generoso Gardinal Ferretti.
Tributamos un recuerdo a su memoria.

A él también lo tributamos, egregio Prelado de Montevideo, Ma-
riano Soler, imitador de Monsiñor Puzosvire en los escritos, en
los viajes, en las excursiones en pro del Colegio, y hasta en la
muerte en el mar; aunque éste rehúsa darle la inmensa tumba que
a tu insignie modelo.

Si aun los nombres de los Purpurados se olvidan, no es maravil-
lia que otro tanto suceda con los generosos fieles que más de un-
na vez asaron de apoyo al Colegio. Quisiera hacerlos revivir a
todos en vuestras sagradas oraciones; pero fuera del de la i-
luastre dama mejicana, Doña Francisca Pérez Galvez y Oregón, ya
noro los demás y me perdonaréis que no los mencione. Ellos nada
tienen que perdonarme, porque pertenecían a aquella clase de
evangelistas, cuyo mano izquierda nunca sabe las buenas obras que
practica la derecha.

Si de los que han auxiliado al Colegio con medios materiales
pasamos a aquellos que lo han sostenido con su influencia moral,
pregonando su utilidad y haciendo que nunca faltan alumnos, ya
más acobarda. Honor a los representantes de la Santa Sede en las
diversas Repúblicas, honor a los Prelados Diocesanos, honor a
los padres de familia que así han sostenido el edificio. Implora-
mos el descanso eterno para los alumnos que, ya en los primari-
os de su sacerdocio, ya después de haber ejercido largos años
el ministerio o la prelatura, pasaron a mejor vida dando honor a
la "Alma Mater" que los formó.

Pero no debe limitarse a una recordación más o menos plañi-
ca esta lúmbre ceremonial, ni hemos de contentarnos tan sólo con
preces y sacrificios por los difuntos. Se trata de sostener y
consolidar el edificio, y ningún momento más adecuado para poner
manos a la obra, que el principio del segundo cincuentenario.

Guñamos con el negro velo de este catafalco los errores, si
errores han sido y no desgracias, que no han dejado que progrese
como es debido este benemérito establecimiento. Seamos generosos
como lo fuimos al terminar el Concilio Plenario. Detenemos el

Colegio, ya fundando puestos gratuitos, ya proveyendo de rentas-
duraderas a los directores. Nuestros sacrificios tienen que ser-
mucho mayores, porque el precio de todo ha aumentado en esta - -
Eterna Ciudad, a medida que nuestra plata se ha depreciado. Dón-
de, por ciento cincuenta escudos anuales, puede mantenerse un -
alumno, como nos mantuvimos los primeros? Pero aunque grandes, no
son superiores a nuestras fuerzas los sacrificios pecuniarios.

Este catafalco tiene que ser la cuna del rejuvenecido Colegio
Latino-Americano; y las preces que hoy enviamos al cielo por -
nuestros Fundadores, bienhechores y alumnos, tienen que volver a
caer como suave rocío sobre las cabezas de los que las ofrecen, y
darles nuevo arranque y nuevos bríos para caminar con denuedo -
por la senda de la virtud y de la ciencia.

Príncipe Eminentísimo, insignes Prelados, beneméritos sacerdo-
tes, distinguidos representantes de las naciones latinas que ha-
béis venido a honrar a los vivos y a rogar con nosotros por los
difuntos! Aquí tenéis al único testigo de los acontecimientos ya
lejanos que os he delineado. No es que yo sea el único supervi-
viente; pero los pocos que quedan o no han podido esta vez atra-
vesar los mares, o no tuvieron ocasión de ver u oír, lo que escu-
charon mis oídos y vieron mis ojos, y que ahora mi lengua ha na-
rrado.... o callado. "Dejad que los muertos entierren a los muer-
tos", dijo una vez Nuestro Señor Jesucristo. Yo os hago en esta
ocasión una súplica diametralmente contraria. No abandonéis esta
sombra del tiempo pasado, en medio de las sombras que ha debido-
evocar. Antes bien, dadles cuerpos y vida nueva, substituid - -
vuestra alta personalidad a la de aquellos insignes, pero no - -
siempre afortunados personajes, y llevad a cabo lo que ellos no
pudieron terminar. Entonad ahora por una parte himnos de gracias
por los beneficios recibidos, y fúnebres preces por el descanso-
de sus almas. "REQUIEM AETERNAM DONA EIS DOMINE ET LUX PERPETUA-
LUCEAT EIS."

DEL AUGUSTO PONTIFICE